

## ALCOGER V.

Estaremos hoy expuestos al siguiente capítulo de los pasos de Andrés Manuel López Obrador que lo llevan por decisión propia al suicidio político.

# Bonzo

JORGE ALCOGER V.

**H**oy veremos un capítulo más de la miniserie que Andrés Manuel López Obrador decidió escribir, montar y protagonizar sobre su personal decisión de suicidarse, políticamente hablando. Es falso, como pretende el senador Ricardo Monreal, que el tabasqueño esté siendo víctima de un "linchamiento mediático"; es tan sólo un justificado motivo de interés público por su autoelegida condición de bonzo de la política.

No debiera sorprender que el ex candidato presidencial del FAP haya tomado el camino del despeñadero, lo sorprendente, en todo caso es que aún sea capaz de movilizar a los 3 mil o 5 mil fieles dispuestos a acompañarlo en su extravío, a los que suma a legisladores sin causa y aves de rapiña a la espera de comer de los despojos que aún quedan del banquete electoral de hace más de dos años.

Desde los orígenes de su inclusión en las filas del PRD, Andrés Manuel se ha distinguido por una limitada capacidad para analizar y entender la política; su pensamiento, por llamarlo de alguna manera, se circunscribe a la dicotomía: buenos y malos. Cuando era solamente un aprendiz y fiel pupilo del ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, los malos eran quienes criticaban las decisiones y acciones del fundador, a los que calificaba de "salinistas embozados".

Luego los malos fueron quienes pretendían dialogar con el gobierno para obtener avances en el cumplimiento de las demandas del propio PRD, también quienes proponían iniciativas de reformas legales o querían participar en la construcción de acuerdos dentro de las Cámaras del Congreso. Con el paso del tiempo, la dicotomía generó en el tabasqueño una dura coraza resistente a cualquier crítica; sugerirle algún cambio de conducta era visto como señal de debilidad, cuando no como indicios de traición.

El rompimiento con el fundador aceleró la proclividad al autismo, y al autoritarismo. El círculo de colaboradores se estrechó

hasta quedar formado solamente por los incondicionales, a los que sumó una cohorte de seguidores de última hora, en busca de candidaturas y posiciones. El ciclo parece completado, el ex candidato, que a punto estuvo de alcanzar el derecho de gobernar a México, ha quedado reducido a la triste condición de opositor extremo a todo lo que no corresponde con sus valoraciones y opiniones, seguido por una *troupe* que aplaude sus ocurrencias y sigue a pie juntillas sus instrucciones, así éstas sean contrarias a las de su propio partido.

La situación no deja de tener características de tragicomedia, pues nadie pone en duda que buena parte de los elementos polémicos que en el Senado fueron suprimidos en las diversas leyes que conforman el paquete de la reforma energética, deben atribuirse a las exigencias de López Obrador, traducidas en las iniciativas elaboradas por un grupo de expertos que asesoraron a los senadores perredistas y dieron su visto bueno a lo finalmente aprobado.

Con sus declaraciones y acciones, Andrés Manuel no solamente deja en la estacada a los legisladores que atendieron sus opiniones y preocupaciones, sino también a ese grupo de expertos que entregaron conocimiento y tiempo para alcanzar objetivos centrales.

Cabe apuntar que en la redacción de los textos aprobados el mérito —o demérito— corresponde también al trabajo de los senadores del PRI, quienes mantuvieron el papel de fiel de la balanza que les ha entregado el radicalismo perredista, y a la flexibilidad de la bancada del PAN.

Como otros han apuntado, el problema de López Obrador es que no sabe ganar, que se niega a reconocer su propio éxito para convertirlo en capital político que oxigene a su partido y a él lo proyecte como un dirigente capaz de influir en el rumbo del país.

También ha colocado a su principal aliado y sostén en una posición insostenible. Me refiero al jefe de Gobierno del DF, Marcelo Ebrard, cuya lealtad a su antecesor se había mantenido sorteando críticas, corriendo riesgos legales y apostando su propia imagen y aceptación entre la ciudadanía. Pero la cuerda que los unía se ha roto de tanto tensarla de un solo lado. Sin los recursos

Continúa en siguiente hoja



Fecha <b>28.10.2008</b>	Sección <b>Primera - Opinión</b>	Página <b>11</b>
----------------------------	-------------------------------------	---------------------

de todo tipo que tenía a su disposición gracias a la estructura del gobierno capitalino, la capacidad de movilización de Andrés Manuel ha quedado exhibida en su justa dimensión.

En su desvarío el tabasqueño ha provocado un efecto nocivo para el debate y entendimiento de la reforma que está por terminar su proceso legislativo. Mientras que legisladores y expertos de todo signo aceptan que el riesgo de una privatización encubierta quedó conjurado, Andrés Manuel insiste

en que no es así y exige, casi a título de rendición incondicional de las otras partes en la negociación, incluir 12 palabras en un artículo de la Ley de Pemex.

Sólo que tal exigencia es tan desmesurada como caprichosa, o para decirlo con la idea de Jesús Ortega y las palabras de Heberto Castillo: le anda buscando glándulas mamarias a los ofidios. No tienen.

El último capítulo de la tragicomedia termina hoy; vendrá luego la segunda temporada, en la que quizá veremos el divorcio entre un partido y su ex candidato presidencial.